

Don Tomás Rueda Vargas

Escribe: EDUARDO CARRANZA

Pronto se cumplirá un cuarto de siglo de la muerte de don Tomás Rueda Vargas. En un claro día de julio se nos fue el inolvidable maestro. La sabana era un idilio verde con sol. La dulce curva de los cerros, apenas violeta, apenas víspera de azul, se afinaba entre la neblina de nácar. Se tiene la sensación de que don Tomás bajó ese día, como tantos otros, la breve escalinata de piedra de su casa, la de su blanca villa de Santa Ana. Le esperaba una lustrosa yegua canela. La luz exaltaba los cristales de la galería, las tejas rosadas con verdín, las tapias encaladas. Ardían los geranios con su rojo tan bello como la sangre en los labios juveniles. Don Tomás subió a la yegua y se asentó en la silla con su vieja pericia de jinete sabanero. Lo miró todo con una larga mirada y siguió el camino ilustrado por la sombra temblorosa de las hojas. Se oía, por el aire, el líquido rumor de los eucaliptus, el río aéreo del viento. Jugaban los niños entre sus risas, sus sueños y sus ángeles. A lo lejos cruzaba un tren por los sauces evaporados. Un muchacho se iba, silbando, hacia la escuela y una ráfaga venía de yerbabuena y de poleo, una húmeda fragancia de pinos y eucaliptus, un olor matinal a recentales, a sol, a rocío, a poesía. Tal vez un pajarillo cantaba por el aire.

En los trigales navegaba el viento, como un barco transparente. En el prado vecino las palomas tejían y destejían una blanca guirnalda. Quedó atrás el pueblecito sentado en el verde regazo de la mañana y el jinete se esfumó en la dorada lejanía. Por la tarde don Tomás descabalgó, ya "todo alma". Pensando en sus cosas, absorto en sus evocaciones, entró por la puerta del ocaso, de par en par abierta. Hizo beber a su yegua en el río eterno y la amarró en un árbol del paraíso.

* * *

Don Tomás fue la cosa mejor que se puede ser en el mundo: un campesino doblado de poeta. Pero él supo elevar el oficio del campo a una noble calidad humana, a una fina condición estética. La tierra y él se entendían con la mirada, con el silencio, con la sonrisa, como dos enamorados. Como todo el que ama de veras, don Tomás sentía una especie

de bondadoso desdén por los advenedizos del campo, por los nuevos campesinos flamantes; pero “felizmente, decía, la tierra es muy celosa y solo se entrega a quienes la aman de veras! ¡Y qué bien conoce ella a sus enamorados! Solo quienes hemos vivido en su callada intimidad sabemos qué tan leal es para los suyos, qué tan indiferente, tan irónica también, para los otros”. Ese diario contacto con la naturaleza le hizo noble, puro, bondadoso; le dotó de un generoso idealismo comunicativo; le infundió una grave y austera pasión nacional. “Soy, en el buen sentido de la palabra, bueno”, hubiera podido decir don Tomás como Antonio Machado; solo que don Tomás no lo hubiera dicho; tal vez ni lo hubiera pensado. Porque, me parece, se es bueno sin saberlo.

Don Tomás Rueda era profundamente colombiano. Tal vez a nadie he sentido yo tan compatriota mío como a él. Y esto debieron experimentarlo muchas personas. Y es que don Tomás ha sido, tal vez, la más pura y noble figura en que se haya estilizado el barro colombiano. Don Tomás era un neogranadino, el último de los neogranadinos; en él latía, íntegro, incontaminado, el espíritu de los abuelos cuya mirada perdida en lo romántico, en lo desesperado, en lo imposible, se desvanece en las mudas oleografías amarillas, en los antiguos retratos descaecidos. Don Tomás era de aquel linaje de hombres: de los que modelaron a balazos el perfil de la República; de los que escribieron el Mosaico y suspiraban en la penumbra azul de la María; de los que amaron y cantaron bajo el árbol patético de la guerra civil; de los que contaban con labios trémulos la gesta de los libertadores; de los que decían “volverán las oscuras golondrinas”, con la voz levemente empañada; de los que escribían Patria y Bandera y Amor y Ensueño y Heroísmo con mayúscula; de los que en la madrugada prendían la fogata revolucionaria y por la noche encendían la tierna enredadera de la serenata, de los que crearon la nacionalidad y se sentían un pedazo de sus entrañas...

Por eso don Tomás hablaba con una entrañable ternura, con un minucioso amor, de todas las cosas de Colombia: “cuando fui por primera vez a Boyacá, dice por ejemplo, me sentí más que en mi casa, me sentí en mí mismo. Manzana en Duitama, mulita de loza en Ráquira, naranja en Guateque, chirimoya en Guayatá; jinete en Sogamoso, canónigo en Tunja, elector en todas partes. Quise comer en todas sus ventas, rezar en todas sus iglesias, vivir y trabajar en todas sus haciendas, y reposar en todos sus cementerios, confundido con los rústicos patriarcas de la aldea”. Y así hablaba de la sabana de Bogotá, del río Grande de la Magdalena, de Teresa Villa, del heroísmo de los llaneros de Páez, de Bolívar, con el simple orgullo con que un griego del siglo IV hablaría de su mar insigne, del sinfónico archipiélago, de Anadyomena poderosa, de la hazaña de las Termópilas o del divino Aquiles.

* * *

Los dones capitales de su estilo radicaban en la sobriedad y elegancia de su alma. Bajo la prosa, tan desnuda de metafóricos artificios, late un corazón de poeta, corre una finura bondadosa. Su estilo se humedece, a veces, de un tenue lirismo, como la fuente de piedra con el hilo de agua

nostálgica. Fluía su prosa sin esfuerzos, rica de sugestión, de tradición, de sensibilidad, de inteligencia, de renovación. Y una ola ancha y serena de fervor nativo inunda todos sus libros.

La sabana de Bogotá, fue la musa esencial de don Tomás Rueda. Las páginas en que recogió la imagen de este maravilloso altiplano andino están entre las mejores que se hayan escrito en Colombia para glosar el paisaje. Pero este verde y húmedo contorno tan impregnado ya de historia y de cultura era para don Tomás algo mejor que impávida naturaleza: era rumoroso escenario de vida colombiana, tierra llena de espíritu, de sentido y de destino, breve resumen, hermosa concreción física de la nación colombiana. Don Tomás supo mirar la sabana de Bogotá con ojos de poeta y transcribirla con emoción de poeta en su inimitable estilo exento de vanidades literarias, hecho de discreta gracia, de manso aroma cordial, de profunda veracidad humana. Los callados pueblos con su torre blanca y su pila que humedece las horas tibias de la siesta, los delgados caminos por donde cruza un jinete solitario embozado en su ruana, las vetustas cercas de piedra enternecidas por alguna florecilla azul, las viejas casonas de las haciendas llenas de antiguos secretos, de penumbras y de quimeras, los fragantes pinares, los trigales de oro y de viento, las avenidas de eucaliptus en cuya cima repite el aire su verde estrofa, los hombres y los días de esta pequeña región privilegiada, quedaron para siempre en su prosa, estilizados y embellecidos. Don Tomás vivió en amoroso contacto con el campo. Esta diaria convivencia con los seres humildes y verdaderos le hizo puro, recto y bondadoso. Conocía minuciosamente todos los recodos sabaneros con su pequeña historia y con su diverso encanto. Podría decirse que el escondido soplo de la tierra natal, su callada evaporación, su secreta, poesía, su humedad de savias y de lágrimas pasaba al través del corazón de don Tomás para luego concretarse en palabras, en temblorosa belleza escrita. Leer estas páginas de don Tomás Rueda Vargas sobre la sabana de Bogotá equivale a pasear por nuestros campos en uno de aquellos incomparables días luminosos en que perfuman el poleo y la yerbabuena mientras vuelan las golondrinas y un tren cruza en la lejanía. Y la emoción nacional, el arrogante sentido de la patria, presta a toda su obra una como insomne iluminación interior. Es que su corazón latía por la belleza, por el infinito y sobre todas las cosas por ese sagrado terrón del mundo, empapado en la sangre y los sueños de los antepasados que se llama Colombia.